

50

COSAS QUE
HAY QUE
SABER SOBRE

FILOSOFÍA



BEN DUPRÉ

Ariel

Ben Dupré

50 COSAS QUE HAY QUE SABER SOBRE FILOSOFÍA

Traducción de
Elisenda Julibert

Ariel



Introducción

Durante la mayor parte de su dilatada historia la filosofía ha contado con un número considerable de individuos peligrosos provistos de ideas peligrosas. A causa de sus ideas presuntamente subversivas, Descartes, Spinoza, Hume y Rousseau, por nombrar sólo a unos pocos autores, fueron amenazados con la excomunión, o forzados a aplazar la publicación de sus obras, o privados de las promociones profesionales, u obligados a exiliarse. Y al más notable de todos los filósofos, el ciudadano ateniense Sócrates, lo consideraron una influencia tan nociva que decidieron ejecutarlo. No hay muchos filósofos en la actualidad a los que se ejecute por sus ideas, lo cual es una lástima (en cuanto que indica hasta qué punto el sentido del peligro se ha ido desvaneciendo).

En la actualidad, la filosofía se considera la disciplina académica por antonomasia, con sus practicantes firmemente enclaustrados en sus torres de marfil, al margen de los problemas de la vida real. Pero la caricatura se encuentra lejos de la verdad en muchos sentidos. Los problemas de la filosofía son siempre profundos y a menudo difíciles, pero también *importan*. La ciencia, por ejemplo, tiene la capacidad de llenar el mercado con toda clase de golosinas, desde los niños de diseño hasta la comida modificada genéticamente, pero por desgracia no nos proporciona —y no puede hacerlo— el manual de instrucciones. Para decidir qué *deberíamos hacer*, en vez de qué podemos hacer, tenemos que recurrir a la filosofía. A veces, a los filósofos los mueve el placer de escucharse exprimiéndose el cerebro (e incluso puede resultar entretenido escucharles), pero por lo general aportan claridad y comprensión a asuntos que nos incumben a todos. Estos asuntos son precisamente los que este libro pretende reunir y explorar.

Tradicionalmente los autores suelen atribuir la mayor parte del mérito a los otros y se acusan de la mayor parte de los errores a sí mismos; tal vez sea una tradición, pero es un tanto ilógico (pues el mérito y los errores deberían darse la mano), y por lo tanto es una práctica difícilmente encomiable en un libro sobre filosofía. Así pues, con el mismo espíritu de P. G. Wodehouse al dedicar *The Heart of a Goof* a su hija, «sin cuya infatigable simpatía y estímulo hubiera terminado [el] libro en la mitad de tiempo», me complace por lo menos compartir el mérito con otros. En particular me alegra atribuírselo a mi jovial y trabajador editor, Keith Mansfield, por todas las cronologías y por las muchas citas bibliográficas que ha aportado. También me gustaría agradecer a mi editor en Quercus, Richard Milbank, su constante confianza y apoyo. Y mi mayor agradecimiento se lo debo a mi mujer, Geraldine, y a mis hijas, Sophie y Lydia, sin cuya infatigable simpatía...

01 El cerebro en una cubeta

Imaginad que un científico diabólico hubiera sometido a un experimento a un ser humano. Se habría extraído del cuerpo el cerebro de la persona y colocado en un recipiente con nutrientes que mantendría con vida el cerebro.

Las terminaciones nerviosas estarían conectadas a una computadora super científica capaz de provocar en la persona la ilusión de que todo es completamente normal. Parecería haber gente, objetos, el cielo, etc.; pero en realidad todo lo que la persona experimentaría sería el resultado de impulsos que van desde la computadora hasta las terminaciones nerviosas.

¿Se trata de una pesadilla de ciencia ficción? Tal vez, pero eso es exactamente lo que diríamos si fuéramos un cerebro metido en una cubeta. Si nuestro cerebro estuviera en un recipiente en vez de en el cráneo, cada una de nuestras experiencias sería exactamente igual que si hubiéramos vivido en un cuerpo real inmerso en el mundo real. El mundo circundante —esta silla, el libro que sostenéis con las manos, y las propias manos— forma parte de la ilusión, la poderosísima computadora del científico introduce en vuestros cerebros los pensamientos y las sensaciones.

Probablemente no creáis ser un cerebro flotando en una cubeta. Es posible que la mayoría de los filósofos no crean ser cerebros en cubetas. Pero no se trata de que lo creamos sino tan sólo de admitir que no es posible tener la certeza de que no lo somos. El problema es que, si realmente somos un cerebro en una cubeta (simplemente no podemos descartar la posibilidad), todas las cosas que creemos conocer del mundo serían falsas. La mera posibilidad parece minar nuestras pretensiones de conocimiento acerca del mundo exterior. ¿Existe alguna forma de escapar de la cubeta?

Cronología

c. 375 a. c.

La caverna platónica

1637

El problema del cuerpo y la mente

1644

Cogito ergo sum

Los orígenes de la cubeta El clásico y elocuente relato moderno del «cerebro en una cubeta» lo urdió el filósofo norteamericano Hilary Putnam en su libro *Razón, verdad e historia* (1981), pero el germen de la idea se remonta mucho más atrás. El experimento mental de Putnam actualiza una historia de terror del siglo xvii (el genio maligno —*malin génie*—, convocado por el filósofo francés René Descartes en sus *Meditaciones* de 1641). El propósito de Descartes consistía en edificar el conocimiento humano sobre fundamentos inquebrantables, para lo cual adoptó la «duda metódica» (desechaba cualquier creencia susceptible del menor grado de incertidumbre). Tras señalar el carácter engañoso de nuestros sentidos y la confusión propia de los sueños, Descartes llevó su «duda» hasta el límite:

«Debo suponer ... que algún genio maligno inmensamente poderoso y astuto ha dedicado todas sus energías a engañarme. Debo pensar que el cielo, el aire, la tierra, los colores, las formas, los sonidos y todas las cosas externas son meras ilusiones oníricas que este genio ha inventado para cautivar mi juicio». Entre los escombros de sus antiguas creencias y opiniones, Descartes vislumbra un solo punto de certeza —el *cogito*— en el que fundar de un modo (aparentemente) seguro la reconstrucción que se ha propuesto como tarea (véase página 20).

Desgraciadamente para Putnam y Descartes, aunque ambos están haciendo de abogado del diablo —al adoptar posiciones escépticas para

En la cultura popular

Ideas como la del cerebro en una cubeta han resultado tan estimulantes y sugestivas intelectualmente que han dado lugar a numerosas manifestaciones populares. Una de las más exitosas fue la película *Matrix* en 1999, en la que un *hacker* llamado Neo (interpretado por Keanu Reeves) descubre que el mundo americano de 1999 es, de hecho, una simulación virtual creada por una ciber inteligencia

maligna, y que a él y otros seres humanos los mantienen en el interior de recipientes llenos de un fluido, conectados a una inmensa computadora. La película presenta una elaboración dramática del cerebro en una cubeta, en la que se reproducen los principales elementos de la situación. El éxito y el impacto de *Matrix* advierte de la fuerza que poseen los argumentos del escepticismo radical.

1655

El barco de Teseo

1690

El velo de la percepción

1974

La máquina de la experiencia

1981

El cerebro en una cubeta

frustrar el escepticismo—, a algunos filósofos les ha impresionado más su habilidad para plantear el atolladero del escepticismo que sus posteriores tentativas para salir de él. Apelando a su propia teoría causal del significado, Putnam intenta mostrar que la escena del cerebro en una cubeta es incoherente, pero a lo sumo parece conseguir mostrar que de hecho un cerebro en una cubeta no podría expresar el pensamiento de ser un cerebro en una cubeta. Efectivamente, demuestra que el estado de ser un cerebro envasado es invisible e indescifrable para el espíritu, pero no está claro que esta victoria semántica (si lo es) consiga resolver el problema relativo al conocimiento.

El escepticismo El término «escéptico» se aplica comúnmente a las personas con tendencia a dudar de las creencias aceptadas, o habituadas a desconfiar de la gente o de las ideas en general. En este sentido, el escepticismo puede caracterizarse como una tendencia saludable o un ejercicio propio de mentes abiertas que consiste en someter a prueba y demostrar las creencias comúnmente aceptadas. Un estado mental semejante suele ser una salvaguarda útil contra la credulidad, pero a veces también puede desembocar en la tendencia a dudar de todo, con inde-

El argumento de la estimulación

La gente corriente podría estar tentada de desdeñar las terroríficas conclusiones escépticas, pero no deberíamos apresurarnos. Por lo demás, un ingenioso argumento inventado recientemente por el filósofo Nick Bostrom sugiere que es muy probable que ya estemos viviendo en una simulación informática. Imaginad que...

Es probable que en el futuro nuestra civilización alcance tal nivel de desarrollo tecnológico que puedan crearse simulaciones informáticas muy sofisticadas de mentes humanas y de mundos donde habiten esas mentes. Los recursos que precisaría el mantenimiento de esos mundos serían relativamente insignificantes —un simple ordenador portátil del futuro podría ser el hogar de cientos o de miles de mentes simuladas— de modo que muy probablemente el número de

mentes simuladas superaría con mucho el de las biológicas. Las experiencias de las mentes biológicas y las de las simuladas serían indiscernibles y, como es lógico, cada una de ellas pensaría que no es simulada, pero las segundas (que constituirían la amplia mayoría de las mentes) estarían equivocadas. Naturalmente ponemos a prueba este argumento como hipótesis de futuro, pero ¿quién puede afirmar con seguridad que este «futuro» no ha llegado (que tal logro informático no se ha alcanzado ya, y que no existen mentes simuladas)? Es evidente que suponemos no ser mentes simuladas informáticamente e inmersas en un mundo simulado, pero esto podría tratarse como tributo a la calidad del programa. De acuerdo con la lógica del argumento de Bostrom ¡es muy probable que nuestra suposición sea errónea!

pendencia de las razones para hacerlo. Pero sea bueno o malo, el escepticismo en este sentido común es bastante distinto al escepticismo en sentido filosófico.

El escéptico filosófico no pretende que no sepamos nada (en buena medida porque pretenderlo resultaría obviamente contradictorio: no podemos saber que no sabemos nada). La posición escéptica consiste más bien en cuestionar nuestro derecho a pretender algún conocimiento. Creemos saber muchas cosas, pero ¿cómo podemos defender esa pretensión? ¿Qué solidez podemos ofrecer para justificar cualquier afirmación concreta relativa al conocimiento? Nuestro supuesto conocimiento del mundo se basa en percepciones que nos proporcionan nuestros sentidos, por lo general mediadas por nuestro uso de razón. Pero ¿acaso esas percepciones no se encuentran sometidas en ocasiones al error? ¿Podemos estar completamente seguros de que no estamos sumidos en una alucinación o en un sueño, o de que nuestra memoria no nos tiende trampas? Si la experiencia del sueño es indiscernible de la experiencia de la vigilia, nunca podremos tener la certeza de que algo que pensamos que es, sea de hecho (ni de que lo que consideramos cierto lo sea). Estas inquietudes, llevadas al extremo, desembocan en los genios malignos y en los cerebros en cubetas...

La epistemología, el ámbito de la filosofía consagrado al conocimiento, determina qué sabemos y cómo lo sabemos, e identifica en qué condiciones algo debe ser conocido para ser considerado conocimiento. Así entendida, puede concebirse como una respuesta al desafío del escepticismo; y su historia como las distintas tentativas de derrotar al escepticismo. A muchos autores les parece que ha habido pocos filósofos que hayan conseguido vencer al escepticismo mejor que Descartes. La posibilidad de que en el fondo no exista una vía de salida segura de la cubeta sigue proyectando una larga sombra sobre la filosofía.

«La computadora es tan inteligente que a la víctima incluso podría parecerle que se encuentra sentada y leyendo estas mismas palabras sobre el supuesto, divertido aunque más bien absurdo, de un científico maligno que saca los cerebros de los cuerpos de la gente para ponerlos en una cubeta llena de nutrientes.»

Hilary Putnam, 1981

**La idea en síntesis:
¿somos cerebros
envasados?**

02 La caverna de Platón

«Imagina que toda tu vida has sido prisionero en una caverna. Tienes las manos y los pies encadenados, y la cabeza sujeta de modo que sólo puedes ver la pared que queda enfrente. Detrás de ti hay una llama, y entre tú y el fuego una pasarela por la que tus captores desplazan estatuas y todo tipo de objetos. Las sombras que proyectan en la pared estos objetos son lo único que tú y tus compañeros de cautiverio habéis visto siempre, lo único de lo que habéis hablado y en lo que habéis pensado.»

De entre las muchas imágenes y analogías que utilizó el filósofo griego Platón, posiblemente el mito de la caverna sea la más célebre: aparece en el libro VII de *La República*, una obra monumental en la que investiga la forma del Estado ideal y su gobernante ideal, el filósofo rey. La justificación de Platón para dar las riendas del gobierno a los filósofos se encuentra en un pormenorizado estudio en torno de la verdad y el conocimiento, y en este contexto es donde interviene la alegoría de la caverna.

La concepción platónica del conocimiento y de sus objetos es compleja y se compone de muchos estratos, tal como evidencia el modo en que prosigue la parábola de la caverna.

«Ahora supón que te liberan de las cadenas y puedes andar por la cueva libremente. Aunque al principio el fuego te deslumbra, de forma progresiva vas reconociendo mejor la situación de la cueva y entendiendo el origen de las sombras que habías tomado por reales. Y finalmente se te permitirá salir de la caverna y asomarte al soleado mundo exterior, donde verás toda la realidad iluminada por el cuerpo más brillante que hay en los cielos, el Sol.»

Cronología

c. 375 a. c.

La caverna de Platón

1644

Cogito ergo sum

La interpretación de la caverna Se ha discutido mucho sobre la interpretación detallada de la caverna de Platón, pero el significado general está bastante claro. La caverna representa «el mundo de las apariencias» (el mundo visible de nuestra experiencia cotidiana, donde todo es imperfecto y constantemente cambiante). Los cautivos encadenados (que simbolizan la gente corriente) viven en un mundo de conjeturas e ilusión, mientras que el antiguo prisionero, libre para deambular por el interior de la caverna, obtiene la visión más adecuada posible de la realidad en el seno del cambiante mundo de la percepción y la experiencia. En cambio, el exterior de la caverna representa «el mundo de las ideas» (el mundo inteligible de la verdad poblado de los objetos del conocimiento, que es perfecto, eterno e inmutable).

«¡Contemplad! Son seres humanos que viven en una guarida subterránea ... Como nosotros ... Sólo ven sus propias sombras, o las sombras de los demás, que el fuego proyecta en la pared de enfrente de la caverna. »»

Platón, c. 375 a. C.

La teoría de las Ideas Para Platón, lo que conocemos no sólo debe ser verdadero sino también perfecto e inmutable. Sin embargo nada en el mundo empírico (representado por la vida en el interior de la caverna) se adecua a esta descripción: una persona alta es bajita al lado de un árbol; una manzana que parece roja al mediodía se ve

El amor platónico

La idea con que se asocia más comúnmente a Platón en la actualidad —el llamado amor platónico— surge de un modo natural del marcado contraste establecido en el mito de la caverna entre el mundo del intelecto y el mundo de los sentidos. La clásica afirmación de la idea de que el tipo de amor más perfecto se expresa no física sino intelectualmente se encuentra en otro célebre diálogo, *El Banquete*.

1690

El velo de la percepción

1981

El cerebro en una cubeta

negra al anochecer; y así ocurre con todo. Puesto que nada en el mundo empírico es un objeto de conocimiento, Platón propone que debe de existir otro reino (el mundo en el exterior de la caverna) de entidades perfectas e inmutables a las que llama «Ideas» (o Formas). Así, por ejemplo, sólo gracias a la virtud de copiar o imitar la Idea de la Justicia es justa toda acción concreta que sea justa. Como sugiere el mito de la caverna, entre las ideas existe una jerarquía, y gobernándolas a todas se encuentra la Idea de Dios (que representa el Sol), que brinda a las otras su sentido último e incluso subyace a su existencia.

El problema de los universales La teoría de las ideas de Platón y la base metafísica que implica puede resultarnos exótica y excesivamente complicada, pero el problema que intenta resolver —el llamado «problema de los universales»— ha sido, con variaciones, uno de los principales problemas de la filosofía desde siempre. En la Edad Media los bandos de la batalla se dividían entre los realistas (o platónicos) de un lado, quienes creían que universales como la condición de «ser de color rojo» y de «ser alto» existían con independencia de los objetos particulares rojos o altos; y los nominalistas por otro lado, quienes sostenían que tales cosas eran meros nombres o etiquetas que asociamos a objetos para establecer similitudes particulares entre ellos.

La misma distinción fundamental, habitualmente expresada en términos de realismo y antirrealismo, sigue teniendo eco en muchos campos

En la cultura popular

Existe un claro eco del platónico mito de la caverna en la obra de C. S. Lewis, el autor de las siete novelas fantásticas que forman *Las crónicas de Narnia*. Al final del último libro, *La última batalla*, los niños que protagonizan la historia atestiguan la destrucción de Narnia y escapan a las tierras de Aslan, un país maravilloso que reúne lo mejor de la antigua Narnia y de la Inglaterra que recuerdan. Los niños terminan descubriendo que están muertos y que han abandonado «la tierra de las sombras», que no era más que una pálida imitación del mundo eterno e inmutable en el que ahora moran. A pesar del evidente mensaje cristiano que encierra la historia, la influencia de Platón es clara: se trata de uno de los innumerables ejemplos de la enorme (y a menudo inesperada) influencia del filósofo griego en la cultura, la religión y el arte occidentales.

de la filosofía moderna. Así, una posición realista sostiene que existen entidades «fuera» del mundo —cosas físicas o actos éticos o propiedades matemáticas— que existen independientemente de nuestro conocimiento o de nuestra experiencia. A este punto de vista se opone el de otros filósofos, conocidos como antirrealistas, que plantean propuestas en las que existe una relación necesaria e interna entre las cosas que conocemos y nuestro conocimiento de las mismas. Los términos fundamentales de todos estos debates los estableció hace 2.000 años Platón, uno de los primeros (y más concienzudos) realistas filosóficos.

En defensa de Sócrates Con su mito de la caverna Platón se propone hacer algo más que sacar a la luz sus puntos de vista particulares sobre la realidad y sobre nuestro conocimiento acerca de ella. Algo que queda claro al final de su mito. Una vez ha ascendido al mundo exterior y reconocido la naturaleza de la verdad y la realidad últimas, el prisionero liberado está ansioso por volver a la caverna y sacar del error a sus antiguos compañeros ignorantes. Pero como ahora está acostumbrado al brillo de la luz del mundo exterior, al principio va dando traspies, inmerso en la oscuridad de la caverna, y quienes siguen allí cautivos lo consideran un loco. Piensan que su viaje lo ha trastocado; se niegan a escucharle e incluso podrían terminar matándole si persiste. En este pasaje Platón alude al tópico de la complicada situación del filósofo —la burla y el rechazo— cuando intenta ilustrar a la gente corriente y orientarla hacia el conocimiento y la sabiduría. Y en particular se refiere al destino de su maestro, Sócrates (su portavoz en la *República* y en muchos otros de sus diálogos), quien rechazó a lo largo de toda su vida moderar sus enseñanzas filosóficas, y al que la ciudad de Atenas terminó ejecutando en el año 399 a. C.

**La idea en síntesis:
el conocimiento
en este mundo
no es más que
una sombra**

03 El velo de la percepción

¿Cómo vemos (y oímos y olemos) el mundo?

La mayoría de nosotros damos por descontado que los objetos físicos que nos rodean son más o menos como los percibimos, pero esta noción del sentido común plantea problemas que han llevado a algunos filósofos a preguntarse si es cierto que observamos el mundo exterior directamente. Desde su punto de vista sólo tenemos acceso a «ideas» o «impresiones» interiores o (en términos modernos) a «datos de los sentidos».

El filósofo inglés del siglo XVII John Locke acuñó una célebre metáfora para elucidar este asunto. Sugirió que el conocimiento humano es una especie de «armario completamente oscuro, con unas pocas aberturas tan sólo, por las que entran apariencias externas visibles, o ideas de cosas del exterior».

Pero la concepción de Locke plantea un problema grave. Podemos suponer que las ideas que entran en el armario son representaciones más o menos fieles de las cosas que hay afuera, pero en última instancia el que esas representaciones interiores se correspondan fielmente a los objetos externos (o a cualquier cosa, al fin y al cabo) es una inferencia. Nuestras ideas, que es a lo único a lo que tenemos acceso, forman un impenetrable «velo de la percepción» entre nosotros y el mundo exterior.

En su *Ensayo sobre el entendimiento humano* de 1690, Locke dio una de las explicaciones más exhaustivas de lo que se conoce como modelos «representacionales» de la percepción. Cualquier modelo que, como éste, incorpore ideas mediadoras o datos de los sentidos abre una bre-

Cronología

c. 375 a. C.

La caverna de Platón

1644

Cogito ergo sum

cha entre nosotros y el mundo exterior, y es en esta brecha en la que echa sus raíces el escepticismo sobre nuestras pretensiones de conocimiento. Sólo restableciendo un vínculo directo entre el observador y los objetos externos puede rasgarse el velo y derrotarse al escepticismo. Pero considerando todos los problemas que provoca este modelo, ¿por qué adoptarlo de entrada?

Cualidades primarias y secundarias La falta de fiabilidad de nuestras percepciones constituye una parte importante del arsenal del escepticismo para atacar nuestras pretensiones de conocimiento. El escéptico se atiene al hecho de que un tomate pueda verse rojo o negro dependiendo de las variaciones de luz para cuestionar en general nuestros sentidos como una vía fiable de conocimiento. Locke confía en que un modelo perceptual en el que las ideas interiores y

El teatro cartesiano

En la modernidad se llama «realismo representativo» al modelo de percepción de Locke, para distinguirlo del realismo «ingenuo» (o del «sentido común») que adhiere cualquiera de nosotros la mayor parte del tiempo (e incluso los filósofos cuando no ejercen). Las dos posiciones son realistas en la medida en que asumen la existencia del mundo exterior con independencia de nosotros, pero sólo en la versión ingenua el color rojo es considerado como una mera propiedad del tomate mismo. Aunque Locke sea posiblemente el primero que dio forma a la teoría, el

modelo representacional de la percepción no se inició con él. A veces se califica despectivamente de «teatro cartesiano», porque, en efecto, para Descartes la mente es un escenario en el que las ideas (las percepciones) son observadas por un observador interior (el alma inmaterial). El hecho de que este observador interior, u «homúnculo», requiera también un observador interior para sí mismo (y así hasta el infinito) es sólo una de las objeciones que cabe plantear a esta teoría. Sin embargo, a pesar de estas objeciones, el modelo sigue siendo muy influyente.

«El conocimiento humano ... no puede ir más allá de la experiencia.»

John Locke, 1690

los objetos exteriores se mantuvieran separados desarmaría al escéptico. Su argumento dependía fundamentalmente de una distinción adicional entre las cualidades primarias y secundarias.

El color rojo del tomate no es una propiedad del tomate en sí misma sino el producto de la interacción de varios factores, incluidos determinados atributos físicos del tomate, como su textura y la estructura de su superficie; las peculiaridades de nuestro sistema sensitivo; y las condiciones ambientales imperantes en el momento de la observación. Tales propiedades (o mejor dicho, no propiedades) no pertenecen al tomate como tal y se dice que son «cualidades secundarias».

Al mismo tiempo, el tomate tiene algunas propiedades verdaderas, como su forma y su tamaño, que no dependen de las condiciones en las que se observa, ni siquiera de la existencia de un observador. Éstas son sus «cualidades primarias», que explican y dan lugar a nuestra experiencia de las cualidades secundarias. A diferencia de lo que ocurre con nuestras ideas de las cualidades secundarias, las de las cualidades primarias (pensaba Locke) se parecen mucho a los objetos físicos en sí mismos y nos proporcionan su conocimiento. Por esta razón son las cualidades primarias las que más preocupan a los científicos, y las que resultan más cruciales para combatir el desafío del escepticismo, pues son nuestras ideas de las cualidades primarias las que constituyen una prueba contra las dudas escépticas.

«Así es como lo refuto»

En la actualidad la teoría inmaterialista de Berkeley se considera un *tour de force* de un gran virtuosismo, aunque también un tanto excéntrico. Aun así, irónicamente Berkeley se veía a *sí mismo* como el campeón del sentido común. Tras exponer con gran habilidad los inconvenientes de la concepción mecanicista del mundo en Locke, propuso una solución que le parecía obvia y que resolvía todos esos inconvenientes de un plumazo, disipando tanto la inquietud de los escépticos como la de los ateos. Pero lo que más hubiera mortificado a Berkeley hubiera sido saber que su lugar en el imaginario popular actual se limita al célebre pensamiento con el que Samuel Johnson refutó firmemente el inmaterialismo, que se encuentra en *Vida de Samuel Johnson* de Boswell: «Golpeando con todas sus fuerzas una gran piedra con el pie [exclamó]: «¡Así es como lo refuto!»».

Encerrados en el armario de Locke Uno de los primeros críticos de Locke fue su contemporáneo irlandés, George Berkeley. Éste asumía el modelo representacional de la percepción en el que los objetos inmediatos de la percepción eran las ideas, pero al mismo tiempo sostenía que, lejos de contradecir a los escépticos, la concepción de Locke corría el riesgo de lograr que cualquiera se rindiera a ellos. Puesto que Locke estaba enclaustrado en su armario, nunca conseguiría comprobar si las supuestas «similitudes o las ideas de las cosas externas» se asemejaban realmente a las cosas externas. Nunca podría rasgar el velo y mirar del otro lado, de modo que se encontraba atrapado en un mundo de representaciones, y el escepticismo estaba servido.

«Una opinión extrañamente difundida entre los hombres es que las casas, las montañas, los ríos, y en una palabra todos los objetos sensibles, tienen una existencia natural o real, distinta de su ser percibido.»

George Berkeley, 1710

Berkeley, que había expuesto los peligros de la posición de Locke de un modo lúcido, llegó a una extraordinaria conclusión. En vez de rasgar el velo en una tentativa de restablecer el vínculo entre nosotros y el mundo exterior, concluyó ¡que no había nada tras el velo! Para Berkeley, la realidad consiste en las propias «ideas» y las propias sensaciones. Así, está claro, ya estamos completa y adecuadamente vinculados, de modo que se evitan los peligros del escepticismo, aunque al precio... ¡de negar la existencia del mundo físico exterior!

De acuerdo con la teoría idealista (o inmaterialista) de Berkeley, «existir es ser percibido» (*esse est percipi*). Pero entonces ¿dejan de existir las cosas cuando dejamos de mirarlas? Berkeley acepta esta consecuencia, pues la solución está muy a mano: Dios. Todo lo que existe en el universo es concebido continuamente en la mente de Dios, de manera que la existencia y la continuidad del mundo (inmaterial) están garantizadas.

**La idea en síntesis:
¿qué hay detrás
del velo?**

04 *Cogito ergo sum*

Desprovisto de cualquier creencia de la que se le ocurriera que cabía dudar, a la deriva en un mar que parece de una incertidumbre insondable, Descartes trata de encontrar desesperadamente algún punto de apoyo, algún fundamento sólido sobre el que reconstruir el edificio del conocimiento humano...

«Advertí que cuando intentaba pensar que todo era falso, era necesario que yo, que estaba pensándolo, fuera algo. Y al observar que esta verdad, “Pienso, luego existo [*cogito ergo sum*]” era tan firme y segura que ni siquiera el supuesto más extravagante de los escépticos era capaz de amenazarla, decidí que podía aceptarla sin reservas como el primer principio de la filosofía que estaba buscando.»

Así llegó este francés llamado René Descartes a pensar el pensamiento sin duda más célebre y más influyente de la historia de la filosofía occidental.

«Je pense, donc je suis.»

René Descartes, 1637

La duda metódica El propio Descartes se encontraba a la vanguardia de la revolución científica en la que estaba inmersa Europa en el siglo XVII, y su ambicioso plan consistía en dejar atrás los viejos dogmas del mundo medieval y «establecer las ciencias» sobre los fundamentos más sólidos. Con este propósito adoptó su rigurosa «duda metódica». No se contentó con separar la extraña manzana podrida (en sus propias palabras), sino que vació completamente el tonel, desechando cualquier creencia que fuera susceptible del menor grado de duda. Y en una última vuelta de tuerca imaginó a un genio maligno dedicado exclusivamente a confundirlo, de modo que ni siquiera las verdades aparentemente

Cronología

1637

El problema del cuerpo y la mente

1644

Cogito ergo sum

El *cogito* en las obras de Descartes

La conocida expresión en latín *cogito ergo sum* se encuentra en los *Principios de filosofía* (1644) de Descartes, pero en su *Discurso del método* (1637) aparece la versión francesa (*je pense, donc je suis*) y en su obra más importante, las *Meditaciones*, no aparece en ninguna de estas formas canónicas.

evidentes de la geometría y de las matemáticas podían seguir siendo ciertas.

Llegado a este punto —despojado de todo, incluso de su propio cuerpo y de los sentidos, de los demás, y de todo el mundo externo—, Descartes encuentra la salvación en el *cogito*. Por más engañado que pueda estar, por más que se empeñe el genio en confundirlo en cada ocasión, tiene que haber alguien o algo a quien confundir, algo o alguien a quien engañar. Incluso si está equivocado sobre cualquier otra cosa, no puede dudar de que él está ahí, en ese momento, para albergar el pensamiento de que podría estar equivocado. El genio «nunca podría hacer que yo fuera nada desde el momento en que pienso que soy algo ... Soy, existo, es necesariamente verdadero en todas las ocasiones en que me lo planteo o lo concibo en mi mente».

Los límites del *cogito* Una de las primeras críticas a Descartes, retomada por muchos otros autores desde entonces, es que infiere demasiadas cosas del *cogito*: sólo puede concluir legítimamente que hay pensamiento, pero no que sea él quien está pensando. Pero incluso si concedemos que los pensamientos efectivamente presuponen un individuo que los piense, debe reconocerse que lo que establece el hallazgo de Descartes es muy limitado. En primer lugar, el *cogito* es esencialmente relativo a la primera persona (mi *cogito* sólo es aplicable a mí y el tuyo a ti: es perfectamente posible que el genio tenga poderes para hacerme creer que *tú* piensas, y por lo tanto que existes). En segundo lugar, el *cogito* se da esencialmente en tiempo presente: en consecuencia, es perfectamente posible que yo deje de

Orígenes del *cogito*

Cogito ergo sum es posiblemente el dicho filosófico más célebre, pero sus orígenes precisos no están demasiado claros. Aunque se encuentra inextricablemente unido a Descartes, la idea que subyace al *cogito* se remonta mucho más atrás. A principios del siglo v d. C., por ejemplo, san Agustín escribió que podemos dudar de todo menos de la duda de nuestra propia alma, y la idea no la inventó él.

existir cuando no pienso. En tercer lugar, el «yo» cuya existencia se establece es extremadamente tenue e inaprensible: podría no tener ninguno de los atributos biográficos o de otro tipo que me hacen creer que yo soy yo y, en efecto, podría seguir perfectamente en las garras del genio maligno.

En suma, el «yo» del *cogito* es un mero instante de autoconciencia, un mero atisbo separado de todo lo demás, incluido su propio pasado. ¿Qué puede establecer Descartes sobre una base tan precaria?

La reconstrucción del conocimiento Descartes tal vez despejara el terreno para cavar los cimientos, pero ¿acaso le quedaba algún material con el que erigir el nuevo edificio? En apariencia, había colocado el listón demasiado alto (nada menos que a la altura de una certeza a prueba de genios malignos). Y así, el viaje de regreso resulta sorprendentemente (tal vez alarmantemente) rápido. Los principales pilares de la teoría cartesiana del conocimiento son dos. En primer lugar, señala que el rasgo distintivo del *cogito* es la claridad con que se nos presenta y, de ahí, concluye que existe una regla general: «todas las cosas que concebimos con claridad y distinción son verdaderas». ¿Y cómo podemos estar seguros de esto? Porque la idea más clara y distinta de todas es nuestra idea de un Dios perfecto, todopoderoso y omnisciente.

Dios es la fuente de todas nuestras ideas y, puesto que es bueno, no puede engañarnos; el uso de nuestra capacidad de observación y racional (que también proceden de Dios) nos conduce hacia la verdad, no hacia lo falso. Merced a la intervención de Dios, los mares de la duda se retiran rápidamente: el mundo queda restaurado y la tarea de reconstrucción del conocimiento puede iniciarse sobre una base sólida, científica.

**«...recurrir a la veracidad
del Ser supremo para probar la
veracidad de nuestros sentidos es,
sin duda, optar por un camino
inesperado.»»**

David Hume, 1748

Dudas persistentes El intento cartesiano de salir del pozo escéptico que él mismo ha cavado está lejos de convencer a todo el mundo. Las críticas se han centrado en el lamentablemente célebre «círculo cartesiano»: el supuesto recurso a las ideas claras y distintas para probar la existencia de Dios, cuya divinidad acaba garantizando el recurso a nuestras ideas claras y distintas. Por más poderoso que sea el argumento (y no está nada claro que Descartes cayese, de hecho, en una trampa tan evidente), resulta difícil compartir su confianza en haber logrado exorcizar al genio maligno. Descartes no puede (y no lo hace) negar el hecho de que el engaño tiene lugar; y si nos atenemos a su regla general, ella implica que podemos equivocarnos en ocasiones al pensar que tenemos una idea clara y distinta de algo. Pero, naturalmente, no podemos saber que estamos incurriendo en tal error, y si no somos capaces de identificar estos casos, la puerta del escepticismo queda una vez más completamente abierta.

A Descartes se le ha considerado el padre de la filosofía moderna. Merece con creces el título, pero seguramente no por las razones que a él le hubiera gustado. Su propósito era disipar las dudas escépticas de una vez por todas, para podernos dedicar tranquilamente a la búsqueda racional del conocimiento, pero al final tuvo más éxito planteando estas dudas que sofocándolas. Las sucesivas generaciones de filósofos quedaron atrapadas en el problema del escepticismo, que ocupa la primera posición, o está muy cerca, en el orden del día filosófico desde que Descartes lo planteó.

**La idea en síntesis:
pienso, luego existo**

05 Razón y experiencia

¿Cómo llegamos a conocer las cosas? ¿Adquirimos conocimientos principalmente a través del uso de razón? ¿O la experiencia recabada a través de nuestros sentidos juega el papel más significativo en la manera en que conocemos el mundo? La oposición entre razón y experiencia como principio fundacional del conocimiento ha teñido la mayor parte de la historia de la filosofía occidental. Constituye específicamente la manzana de la discordia entre dos tendencias filosóficas muy influyentes: el racionalismo y el empirismo.

Tres distinciones clave Para entender lo que está en juego en las teorías racionalistas y empiristas del conocimiento, resulta útil tener en cuenta tres distinciones clave que utilizan los filósofos para elucidar sus diferencias.

a priori versus a posteriori

Algo es cognoscible a priori si puede ser conocido sin remisión a la experiencia, es decir, sin ninguna investigación empírica de cómo ocurren realmente las cosas en el mundo: « $2 + 2 = 4$ » es algo que conocemos a priori: no es preciso observar el mundo para establecer su verdad. Por el contrario, cuando se requiere tal investigación nos encontramos ante algo únicamente cognoscible a posteriori; así «el carbón es negro», aun siendo cierto, es una verdad a posteriori: para verificarla es necesario mirar un pedazo de carbón.

analítico versus sintético

Una proposición es analítica si no proporciona ninguna otra información que la que ya contienen los significados de sus términos. La

Cronología

c. 350 a. C.

Formas del argumento

1670

Fe y razón